

La ROSA ÁmBar

Cada rosa esconde una verdad

Alejandro Khan

Sonolibro Editorial

La Rosa ámbar

© Texto: Alejandro Khan 2026

© Sonolibro Editorial 2026 por la presente edición

© Sonolibro Editorial por el audiolibro

Reservados todos los derechos.

Sonolibro en el deseo de mejorar sus publicaciones agradecerá cualquier sugerencia de los lectores u oyentes de esta obra, al departamento editorial. Correo: aki@sonolibro.com

Sonolibro Editorial – Calle Churruca Ed Astigi I–Local1

Fuengirola, Málaga – ESPAÑA

ÍNDICE

1. Aeropuerto Internacional de Bruselas	1
2. La pista olvidada	7
3. El verano robado	12
4. La rosa ámbar	23
5. El mercado de las sombras	32
6. Disparos	37
7. La bruja	47
8. ¡Aquí no hay nadie!	54
9. El puente	62
10. La sospecha	71
11. En directo	80
12. Epílogo	85
Sobre el autor	88

Descarga el audiolibro gratis

90



Aeropuerto Internacional de Bruselas

Después de escucharlo en neerlandés y en francés, el servicio de megafonía del Aeropuerto Internacional de Bruselas confirmó en inglés, como una voz sin cuerpo que flotara sobre la terminal:

—El vuelo SN3727 con destino al Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas, por razones técnicas, queda retrasado cuarenta y cinco minutos. Lamentamos las molestias.

Los pasajeros dejaron escapar una oleada de suspiros. Algunos consultaban sus relojes, perdiendo la fe en llegar a tiempo; otros ya se agolpaban en la cafetería como si el café fuera una poción mágica capaz de acortar la espera.

De repente, una voz a la izquierda de Lara rompió el silencio:

—Cuarenta y cinco minutos más en este divertido aeropuerto, en el que si hablas francés te miran mal y si hablas español, peor.

Lara giró la cabeza apenas un instante y lo vio. Estaba sentado a dos butacas de ella. Era un chico joven de unos treinta y pocos años, algo delgado y atractivo, con una media sonrisa, dando a entender que del retraso solamente lo s iba a salvar el sentido del humor. Sostenía una carpeta gris contra una de sus rodillas, con unas letras en relieve azul, “*Moreno Forensic Data*”, que brillaban como una tarjeta de presentación.

—Sí —contestó Lara sin mirarle—. Lo mejor es estar callado.

Cuando lo dijo, se dio cuenta y volvió la cabeza hacia el hombre.

—Lo que quería decir...

Él había levantado una mano, diciendo:

—No te preocupes, te he entendido.

Los ojos de los dos se encontraron y quedaron atrapados un instante, que se estiró unos segundos más de lo socialmente recomendable, hasta que rompieron la mirada, casi al mismo tiempo, con una torpeza que reveló más de lo que quisieron mostrar.

—¿Haces transbordo en Madrid? —preguntó él, buscando una excusa para iniciar la conversación—. Soy Nico —añadió, extendiendo la mano.

Lara tardó un par de segundos en reaccionar, como si dudara en cruzar ese umbral invisible que separa a los desconocidos. Al final, le estrechó la mano.

—No, no... yo vivo en Madrid. Soy Lara.

—Ah, pues mira, yo vivo en Segovia, pero tres días a la semana acabo en Madrid. —Hizo una mueca resignada—. El AVE y yo tenemos una relación de pareja.

Lara sonrió, pese a sí misma. Lo raro fue que, en contra de su costumbre de blindarse ante extraños, al poco de guardar silencio le salió la pregunta:

—¿Eres médico, no?

Él la miró sorprendido hasta que reparó en la carpeta sobre sus rodillas y sonrió.

—No, qué va. Soy forense, sí... pero informático.

La confusión los hizo reír, como si compartieran un chiste privado.

—Por un momento te había imaginado abriendo cadáveres —ironizó Lara.

—Lo veo difícil. Me desmayo con la sangre.

Esta vez la risa de ambos sonó más franca, más cercana.

—Ahora me tienes en desventaja —continuó él, inclinándose hacia delante—. Tú ya sabes a qué me dedico. ¿Y tú, no serás agente del CNI...?

Normalmente, Lara era algo introvertida, pero el compañero de espera le había caído bien.

—Restauero arte. Principalmente sacro. Pintura, iconografía religiosa.

—Vaya, interesante. Nunca había conocido a un, quiero decir, a una restauradora. —Hizo una pausa, pensativo—. Supongo que es justo lo contrario de lo mío. Tú devuelves belleza a lo que el tiempo destruye; yo busco grietas en lo que parece sólido.

A Lara le gustó la frase. No lo dijo, pero la apuntó mentalmente, como quien guarda un hallazgo valioso en un bolsillo secreto. Cuando

estuviera en el avión, la anotaría en su libreta. Lara coleccionaba frases y fotos de cielos.

Nico se levantó y señaló la cafetería al fondo.

—¿Te atreves con un café de aeropuerto? Ya que nos han condenado a la espera, al menos que sea con cafeína.

Lara dudó un instante, pero al final asintió. Caminaban juntos hacia el mostrador cuando el móvil de Lara vibró en su bolso. Lo sacó sin pensar, esperando un mensaje de información de la aerolínea.

La pantalla mostró un mensaje como un destello. Un latido digital.

«Soy Eva. Estoy viva. Confío en ti. No digas nada.»

El mensaje desapareció, como si nunca hubiera existido. Pero un par de segundos después, apareció una foto en blanco y negro: un grupo de niños sentados en semicírculo.

La punzada en el pecho de Lara la dejó inmóvil, recordándole que ese nombre, Eva, llevaba años dormido en algún rincón oscuro de su memoria. Y estaba claro que tenía relación con la foto en la que, aunque solo estuvo un par de segundos en la pantalla del móvil, estaba segura de haberse reconocido en una de las niñas sentadas.

Aquel mensaje había arañado un rincón de su pasado, pero no recordaba cuál.



LA PISTA OLVIDADA

El embarque en Bruselas fue un caos organizado. Las azafatas sonreían con la cortesía mecánica de quien ha repetido la misma frase cien veces:

“Pasillo a la derecha, asiento al fondo, por favor”.

Lara y Nico se cruzaron una mirada fugaz antes de enseñar sus billetes.

Les habría gustado viajar juntos, pero el avión iba lleno y sus asientos estaban lejos el uno del otro.

No tuvieron siquiera tiempo para despedirse.

Durante el vuelo, Lara intentó concentrarse en una novela que llevaba en el bolso, pero las palabras eran como peces que se le escurrían entre los dedos. Incapaz de concentrarse, las frases nadaban delante de ella y se hundían antes de poder atraparlas.

No podía dejar de pensar en el mensaje que había aparecido y desaparecido de la pantalla:

«Soy Eva. Estoy viva. Confío en ti. No digas nada.»

El nombre brillaba como una luz fantasmagórica en el fondo de su memoria. No recordaba a ninguna Eva cercana. Y, sin embargo, algo en su pecho le decía que sí, que había una conexión con ese nombre en algún tiempo y lugar olvidados de su vida.

Cuando aterrizó en Barajas, el cansancio la empujó a rendirse al taxi, dejando la línea rosa del metro para otro día.

Madrid la recibió como lo que era: una bestia cansada que no dormía: rugidos de conductores furiosos y coches impacientes, semáforos en rojo paralizando el tráfico y un cielo turbio y gélido de invierno, que la invitaba a refugiarse en casa, ponerse el pijama y zapatillas y a dejar que el aroma de una sopa caliente le quitara el frío del cuerpo y la desazón interior que sentía.

Pero antes de subir al apartamento, entró en el taller, que gracias a una pequeña subvención que recibía del ayuntamiento y de la diputación, se había podido permitir tener en el mismo edificio donde alquilaba su apartamento. Además, le venía genial para no tener que desplazarse, porque muchos días no hacía falta ni que saliera del edificio. Cuando terminaba en el taller, subía al apartamento o se iba a un restaurante a comer el menú del día.

Dejó la maleta en un rincón y encendió las luces. El espacio estaba como lo había dejado: andamios bajos, lienzos a medio limpiar y un retablo pequeño esperando la paciencia de sus pinceles. Un cierto desorden, que era su partitura, pero Lara sabía dónde estaba cada nota.

Aquella noche, aunque estaba cansada del viaje, no podía dormir. Puso un par de capítulos de una nueva serie. Había empezado el tercero cuando se quedó dormida.

Al día siguiente, amaneció con la televisión encendida. Se espabiló terminando con agua fría en la ducha.

Decidió salir a comprar pigmentos y barnices a la tienda del barrio. Caminaba con la bolsa de tela colgada del hombro cuando un detalle la detuvo en seco. Al otro lado de la calle, un hom-

bre tenía el móvil levantado como si estuviera en una videollamada. Movía la boca, asentía de vez en cuando, pero el ángulo del aparato no apuntaba a su cara: la cámara parecía estar dirigida hacia ella. Pensó que era imaginación suya, pero hizo la prueba: empezó a andar hacia uno de los lados y con su visión periférica comprobó que el individuo iba moviendo el móvil hacia donde ella se movía. Hizo un movimiento repentino, como si hubiera olvidado algo, para volver atrás. Después de haber andado unos cincuenta metros, comprobó que el individuo le seguía con su móvil, siempre apuntando hacia ella. Finalmente, debió de darse cuenta de que Lara le había detectado y se guardó el teléfono en el bolsillo. Se alejó caminando, hasta un Volvo gris que tenía aparcado.

El corazón de Lara martilleaba en su pecho. ¿Era aquello una casualidad? ¿Realmente podía estar vigilándola alguien? ¿Por qué? «Si mi vida es de lo más simple», pensó.

Apretó el paso, casi corriendo de vuelta al taller. Una vez dentro, se dejó caer en la silla. Necesitaba una explicación, una grieta por la que asomara algo de lógica. Entonces recordó la carpeta gris del aeropuerto: *Moreno Forensic Data*.

Encendió el ordenador y escribió las palabras en el buscador. En segundos las letras en la pantalla obedientes le contestaron y apareció la web de la empresa: peritajes informáticos, ciberseguridad, auditorías judiciales. Y un nombre: Nicolás Moreno.

El mismo chico del aeropuerto.

Lara tragó saliva. Había una parte de ella que quería olvidarse de todo y fingir que nada había pasado. Pero otra —más fuerte, más obstinada— le decía que necesitaba hablar con él. Que aquel mensaje y aquel hombre con el móvil no podían ser coincidencia. Además, le apetecía mucho volver a ver a Nico.

Abrió Google Maps en el móvil y cuando tuvo la dirección, la guardó en favoritos.

Cuando alzó la vista, a través de la ventana vio algo que la hizo volver a mirar para comprobar que no se había equivocado.

El mismo Volvo gris al que había visto subirse al hombre que la vigilaba estaba ahora aparcado frente a su portal, como un cazador al acecho.



EL verano robado

El edificio no llamaba la atención desde fuera: ladrillo visto, cristales pequeños, no como en los edificios modernos que buscaban luz natural a toda costa con cristalerías gigantes. Unas placas de latón ya oscurecido rodeaban el portero automático con nombres de empresas y algunos profesionales. Lara subió en el ascensor hasta la tercera planta. Aunque lo había decidido anoche en casa, todavía seguía en estado de duda. La lucha contra sus propios fantasmas la había mantenido en vela hasta que por la mañana había amanecido con la serenidad de

una tregua: confiaba en él, aunque no supiera porqué. Quizás era porque le gustaba.

Por un lado, no quería que Nico pensara que quería algo con él, presentándose así, de repente, en su despacho. Aunque en realidad, sonrió al pensarlo. Tenía la sensación de que entre los dos vibraba una cuerda invisible, afinada en algún lugar de su pasado.

La tercera planta era un espacio de co-working con unos cuantos despachos. Cuando la recepcionista le indicó la puerta, respiró hondo antes de llamar.

—Pasa —dijo una voz agradable.

Lara entró. Era un despacho sobrio: dos escritorios, varias pantallas encendidas, cables por detrás de las mesas que se extendían como venas negras por el suelo. Y allí estaba él, Nico, de pie, claramente sorprendido al verla.

—¿Lara? —se quitó las gafas y sonrió abiertamente—. ¡Menuda sorpresa! Se acercó y la dejó con la mano extendida. Antes de que pudiera reaccionar, le plantó un beso en cada mejilla. Lara no pudo evitar sentir cómo los colores se le subían a la cara.

—Sí... estuve dudando si venir a verte o no.

Durante un segundo se quedaron mirándose, como si ambos supieran, sin entender por qué,

que algo invisible los estaba empujando a ese reencuentro. Apenas se conocían, pero en los ojos de los dos había un destello que no engañaba: una conexión que ninguno de los dos podía explicar, como un sueño compartido.

—Duda ninguna. Has hecho bien en venir y me alegro de verte. Ahora dime lo que puedo hacer por ti y lo haré encantado

Lara bajó la voz. Le costó que las palabras salieran, como si fueran de plomo y le pesara decirlas.

—Necesito contarte algo. Y es importante.



Sentados frente a frente, con dos tazas de café cuyo aroma llenaba el despacho, Lara contó a Nico lo que pasó en el aeropuerto de Bruselas antes de embarcar. El mensaje. Las palabras exactas. El nombre de Eva. Y después la desaparición del mensaje.

Nico no interrumpió. Solo asentía lentamente, con un gesto de extrañeza en los ojos, mientras fruncía el ceño.

—El caso es que en el momento en que has dicho el nombre de Eva... —murmuró al fin—, no sé por qué, tengo una sensación de recuerdo. Como si ese nombre estuviera oculto en algún rincón de mi memoria por algo.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Lara—. Es como si ese nombre fuera el de alguien que formó parte de mi infancia. Pero las imágenes son vagas, como si la memoria de aquellos recuerdos estuviera velada por una niebla. Además, en la foto en blanco y negro de los niños en semicírculo estoy casi segura de que yo estaba sentada.

Después de unos segundos Nico, cambiando de expresión, dijo:

—Yo fui adoptado.

Con la boca ligeramente abierta y los ojos sorprendidos Lara replicó:

—Yo también.

De repente, el silencio se volvió denso como el aire antes de una tormenta, esperando que alguno hablara.

—¿Te acuerdas de los campamentos? —preguntó Nico.

Asintiendo con la cabeza y levantando las manos, Lara contestó:

—¡Claro que me acuerdo! Pero no es un recuerdo claro y limpio que me permita traer a la memoria todos los detalles. Es algo así como ver diapositivas antiguas, quemadas por la luz del tiempo. Me acuerdo de los juegos.

—Que no eran juegos en realidad —dijo Nico—, eran algo más o algo distinto. Eran como un conjunto de reglas absurdas que no entendíamos, pero que seguíamos al pie de la letra.

Con una gran sonrisa y ojos brillantes, Lara dijo:

—¿Te acuerdas de que había una voz firme, grave, que no sabíamos de dónde venía y que nos decía lo que teníamos que hacer? Y luego aquella mujer que llevaba una especie de guardapolvos de cuadritos azules...

Nico no la dejó terminar.

—Que tocaba una campana pequeña para marcar nuestros movimientos.

—¿Y no tenías la sensación de que estábamos en una caja de cristal donde nos estaban observando, como si fuéramos insectos en un experimento del que no entendíamos las reglas?

Nico acercó su mano a la de Lara y le tocó ligeramente los dedos mientras decía:

—Es evidente que hemos estado en el mismo campamento y que tenemos la misma falta de recuerdos completos del mismo. Además, yo tengo claro que el nombre de Eva me sugiere a alguien relacionado con el campamento

Lara dio el último sorbo a su café y dejó la taza sobre la mesa.

—No sé qué significa todo esto, pero ayer me siguió un hombre en la calle. Fingió una videollamada mientras me grababa. Luego subió a un Volvo gris. El mismo coche estaba aparcado enfrente de mi casa cuando miré por la ventana.

Las palabras quedaron flotando entre ambos, como el humo invisible de un secreto recién encendido.



La pequeña sala de reuniones estaba a media luz, apenas iluminada por la luz azulada de una pantalla mural. El aire olía a electricidad y a whisky añejo y la penumbra era la espectadora de todo, desde los bordes de la sala.

Irene del Castillo se mantenía erguida, las manos apoyadas en la mesa como si temiera

perder el equilibrio. Frente a ella, Álvaro Sagarra, trajeado como siempre, con sus eternas ojeras de cansancio. Casi tumbado más que sentado en uno de los sillones giratorios, hacía girar lentamente el vaso de whisky sobre el posavasos.

—La alerta saltó ayer en Bruselas —empezó Irene, midiendo cada palabra, mientras se peinaba con los dedos la escasa melena rubia tras las orejas—. Dos de los sujetos del Proyecto Argos, por primera vez en décadas, han coincidido. Son Lara del Río y Nicolás Moreno.

Sagarra alzó una ceja, sin dejar de mover el vaso.

—¿Casualidad?

—Parece ser que fue exactamente eso, una coincidencia de aeropuerto.

—¿Seguimos monitorizándolos?

—Sí, como a todos los demás participantes del proyecto. Todos menos uno tienen la cuenta de correo con su nombre que les asignamos en el proyecto, gracias a nuestro contacto en Google. Estos dos se han vuelto a ver y van a empezar a recordar. Hay otro problema: Eva.

El vaso se detuvo. La mirada de Sagarra se endureció al decir:

—Eva no es más que un fantasma.

—Eso creíamos, pero el sistema captó un mensaje desde un dispositivo no seguro, enviado a Lara. El texto era inequívoco:

«Soy Eva. Estoy viva. Confío en ti. No digas nada»

Las palabras quedaron flotando en el aire, como un eco incómodo.

Sagarra se levantó despacio y caminó hasta la ventana. Madrid se extendía por debajo como un tablero de ajedrez en el que él movía sus piezas humanas. Sin mirar a Irene, dijo:

—Si Eva ha aparecido ahora y se pone en contacto con más sujetos de Argos...

—El proyecto puede quedar gravemente comprometido —terminó Irene en un susurro.

El hombre se giró bruscamente.

—Marcos ya los tiene en el punto de mira, me imagino...

—Sí, director. Está sobre el terreno, vigilándolos. ¿Quiere que les dé un aviso?

—Sí. Quiero saber cada palabra que pronuncian. Cada gesto. Si empiezan a recordar demasiado, los quiero aislados.

Irene asintió, pero en su mirada hubo un destello de duda.

—¿Y si pudiéramos localizar a Eva a través de ellos?

Sagarra dio un golpe en la mesa con el vaso.

—Entonces nos desharemos definitivamente de ese...fantasma, que tantos dolores de cabeza nos dio, y luego veremos qué hacemos con estos dos.

El silencio volvió a apoderarse de la sala.



Nico se inclinó hacia Lara, con el gesto serio.

—Dame tu móvil. Voy a echarle un ojo.

Conectó el teléfono de Lara a su portátil con un cable azul. En la pantalla empezaron a aparecer líneas de código, advertencias, alertas. Nico frunció el ceño.

—Mierda... tienes un rastreador instalado. No es una app visible, es un perfil remoto, de esos que se cuelan por correo o una copia de seguridad.

Lara tuvo que sacar un pañuelo de papel del bolso porque le habían empezado a sudar las manos

—¿Quieres decir que... saben todo lo que pasa por mi móvil?

—No todo, pero sí lo básico: ubicación, red, actividad de mensajería. Y ahora acaban de intentar entrar en mi red. No es casualidad, Lara. Tu mensaje, tu móvil y ahora mi sistema. Todo está conectado. Y el problema no es lo que puedan habernos espiado, sino lo que puedan deducir o especular al saber que ahora estamos juntos.

El aire en la oficina se cargó de tensión. Afuera, el ruido de la calle parecía lejano, como si el mundo entero hubiera bajado el volumen para dejar espacio a la preocupación que los dos sentían.

Las líneas de código dejaron de moverse en el portátil de Nico. Las letras rojas de una frase aparecieron en la pantalla como una herida abierta. Lara, que estaba al otro lado, al ver cómo le cambió la cara a Nico, se acercó y apoyó la mano en su hombro para verlas:

«Eva desapareció. ¿Queréis desaparecer vosotros también?»

—Saben que estamos investigando —dijo Nico—. Es una advertencia clara.



Irene Castillo sonrió tras hacer que uno de los técnicos de la Fundación enviara el mensaje. Tenía claro que la seguridad la daba el tener el control.



La rosa ámbar

El mensaje permaneció en la pantalla; las letras parecían sangrar sobre el fondo blanco de la pantalla:

«Eva desapareció. ¿Queréis desaparecer vosotros también?»

Nico se inclinó hacia atrás. Se había puesto pálido y no paraba de pestañear. Lara sintió que le sudaban otra vez las manos.

—¿Qué... qué significa eso? —preguntó en voz baja como si alguien les pudiera escuchar.

—Significa que saben exactamente dónde estamos —respondió él, con la voz grave—. Si

este mensaje nos ha llegado, es que nos tienen geolocalizados. Antes pensaba que eras tú sola, pero ahora saben que somos dos. Saben dónde estamos y creo... que pueden venir. Tenemos que irnos.

De un movimiento rápido abrió un cajón y sacó una funda negra, rígida.

—No te preocupes que no lo vamos a tirar —dijo, viendo que Lara se aferraba al móvil como si fuera un salvavidas—. Pero vamos a hacer que no puedan seguir su señal.

Introdujo el teléfono de Lara y el suyo dentro de la funda y la cerró con un clic metálico, que sonó como un punto y final al miedo.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Una jaula de Faraday. Aquí dentro, nuestros teléfonos son ladrillos. No entra ni sale radiación electromagnética de ninguna clase, por lo que nadie tendrá la capacidad de encontrar la señal que emite el móvil—. Guardó la funda en su mochila.

Lara asintió con la cabeza, sin tener muy claro si iba a recuperar su móvil o no.

—Ahora deberíamos irnos ya —dijo Nico, pero antes entró corriendo a su dormitorio y salió colocándose algo en el cinturón del pan-

talón con una mano, mientras con la otra metía una botellita en el bolso de la cazadora.

—Vámonos antes de que tengamos una visita indeseada.

Empujó suavemente a Lara hacia la puerta, porque no parecía acabar de decidirse. No tomaron el ascensor. Bajaron por la escalera, con el eco de sus pasos multiplicándose en el silencio. La respiración de Lara se iba acelerando. Cada peldaño era un latido.

—Nico... yo estoy empezando a recordar a Eva —susurró de repente Lara—. La recuerdo discutiendo con los monitores. Siempre la castigaban.

Él giró la cabeza sin dejar de bajar.

—Sí. Yo también me estoy empezando a acordar de cómo la ponían a hacer flexiones hasta que caía rendida. Nunca aceptaba las normas absurdas que nos imponían.

—Ni los silencios —añadió Lara, con un brillo en los ojos—. Una vez me defendió. Yo no podía más con aquel ejercicio y ella se plantó. Pero, ¿te acuerdas de su cara?

Las palabras de Lara bajaban los escalones con ellos, como si también buscaran una salida.

Nico se paró un par de segundos y se volvió hacia ella:

—Empiezo a ver sus rasgos; parecía nórdica, rubia, pero de cara ancha, nariz fuerte y ojos azules.

—Sí, y yo me acuerdo del colgante.

—¡Sí, yo también! Era una especie de flor.
—dijo Nico, como si hubiera abierto una puerta que llevaba años cerrada.

—Era una rosa muy pequeña metida en ámbar, que Eva apretaba con la mano cada vez que la castigaban y la separaban del grupo. Recuerdo que brillaba como un sol minúsculo encerrado en resina.

—La castigaban siempre porque no era dócil y discutía cada vez que le daban una orden.

Cuando llegaron al vestíbulo de entrada, el zumbido de un fluorescente roto les dio un sobresalto. Afuera, el murmullo de la ciudad sonaba demasiado lejano, como si Madrid se hubiera quedado al margen de su huida.

Cuando Lara, que iba unos pasos por delante, iba a agarrar el pomo de la puerta del portal de entrada, Nico gritó en voz baja:

—¡No, por ahí no!

Ya había abierto una puerta que daba al garaje y le hizo a Lara una seña con la cabeza.

—Por aquí.



Al bajar las escaleras y abrirse la puerta, los chasquidos de un ejército de luciérnagas mecánicas rompieron el silencio del garaje, iluminándolo con esa luz blanquecina pero pobre.

Nico, que iba por delante, se acercó a una plaza de parking en la que había una moto grande, nueva. Era una escúter Honda, que parecía potente.

Sacó un casco de debajo del asiento y se lo dio a Lara:

—Ponte el casco,

—¿Y tú? —preguntó ella.

Nico se acercó a otra plaza de parking en la que había una moto y sacó un casco, que se colocó.

Salieron por la rampa

—Sujétate fuerte —dijo Nico.

Al girar para meterse en la calzada vieron al Volvo gris de guardia, con la paciencia del cazador que acecha a su presa.

Nico dio gas y la moto rugió como si también quisiera huir y salió disparada. El Volvo quedó atrapado por varios coches, sin poder moverse.

—¿A dónde vamos? —gritó Lara a través del casco.

—A navegar sin que nos detecten.

Entraron en un barrio obrero y se acercaron a un locutorio medio escondido bajo un rótulo al que le faltaban dos letras. Olor a aceite frito y voces en varios idiomas. Teclados y pantallas castigados por el uso.

Tras hablar con la recepcionista y darle algo de dinero, Nico se sentó en el primer PC libre que había, al fondo del local, y metió un pendrive.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a intentar rastrear los metadatos de cada uno de los mensajes.

Un par de minutos después dijo:

—El primero —el de Bruselas— viene de un dispositivo no enmascarado; creo que ese mensaje podría ser de Eva.

—¿Y el de ahora?

—Encebollado. Capas y capas, típico del nivel institucional. Ese es de la fundación. Pero espera— dijo Nico trasteando con el ordenador— alguien se ha equivocado y en el encabezado oculto no ha borrado el nodo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que quien lo ha enviado es alguien que está relacionado con algo que se llama “Argos”.

A Lara le picaban las manos y, como un flash, de repente, un recuerdo atravesó su mente con nitidez: Eva con las trenzas deshechas y los ojos llenos de rabia llorando, con el puño cerrado sobre la rosa ámbar, diciendo: “no somos cobayas y no podéis decirnos lo que tenemos que hacer”. Una campana sonaba histérica, pero ella no se sometía.

Por una repentina intuición, Lara volvió la cabeza y vio a través del cristal de la entrada del locutorio dos figuras que se bajaban de un coche en doble fila. Era el Volvo gris. Chaquetas oscuras, tipos grandes.

—Tenemos que irnos —dijo Nico, que también los había visto, poniéndose de pie, dándose cuenta de que el locutorio solo tenía una salida y que tendrían que pasar por delante de ellos para escapar. Sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta un par de mascarillas, diciendo:

—Déjatela al cuello y cuando te diga te la colocas tapando boca y nariz y ponte ya las gafas de sol.

Lara asintió, mientras se colocaba la mascarilla y las gafas.

No les dio tiempo a más. Los hombres ya habían entrado. El que iba delante, un hombre de mediana edad, calvo, pero con una cara agradable, muy tranquilo, se acercó a ellos.

Nico tenía la mano metida en el bolso de la cazadora. El tipo se detuvo a su lado, sonrió y dejó caer algo sobre el teclado: una rosa metida en ámbar.

A Lara le extrañó. La de Eva era más pequeña, pero más viva, más real.

El tipo se inclinó lo justo para que solo ellos lo oyeran y dijo:

—Eva dice que vengáis.

Nico gritó, colocándose la mascarilla y las gafas:

—¡Corre!

Mientras lo decía, sacó del bolsillo de su cazadora una botellita y gaseó a los dos hombres con spray pimienta. Empezaron a frotarse los ojos y a toser, ahogándose, gritando, mientras daban manotazos al aire:

—¡Jodidos niños!

Nico agarró de la mano a Lara y, abriéndose paso a empujones, dejó a los dos tipos atrás, saliendo a la calle rápidamente. Lo primero que hizo fue acercarse al Volvo gris y, sacando el cuchillo que tenía en la funda en la parte

trasera del cinturón, pinchó una de las ruedas. Un pitido del sensor del Volvo se mezcló con el siseo del aire escapando del neumático.

Menos de treinta segundos después circulaban por las atestadas calles de Madrid en su Honda, alejándose de allí.



EL mercado DE LAS SOMBRAS

El mensaje había llegado cuando todavía estaban en la moto circulando por Madrid. Nico no tenía muy claro dónde iban a ir, tras haber escapado del locutorio.

Por supuesto, no era un número conocido y el texto se había escrito con prisa

«Mercado San Miguel 1230. Si habéis empezado a recordar, sabéis quién soy»

Nadie firmaba, aunque para Lara y Nico el nombre de Eva resonaba en el aire como un eco que quería volver.



—Quedan dos minutos —dijo Lara cuando subían del aparcamiento donde habían dejado la moto. La fachada del mercado de San Miguel era como la de una iglesia antigua, pero en vez de piedra, hecha de hierro forjado. Dentro, el bullicio se había hecho dueño: gritos de las pescaderas, mazas golpeando madera y las voces de clientes y vendedores discutiendo por los precios.

El mercado respiraba como un organismo vivo, hecho de olores, voces y cuchillos.

Lara, que seguía con las gafas de sol puestas, se ajustó la palestina. Nico iba a cara descubierta, unos pasos por delante, analizando las distintas entradas y salidas, como si fuera un jugador de ajedrez estudiando posibles jugadas.

—¿Y si es una trampa? —preguntó Lara.

—Puede que lo sea —admitió Nico con una tranquilidad, que asustaba un poco—, pero no tenemos elección. En algún momento tenemos que contactar con alguien.

Lara se detuvo en seco. Nico miró hacia donde le señaló con la cabeza.

Entonces la vieron.

De pie junto a un puesto cerrado, sin iluminación, apoyada en una columna de azulejos verdes. Como a unos quince metros de una salida. Era una mujer de estatura media, de entre 30 y 40 años, con la piel curtida de quien vive al aire libre, el pelo rubio recogido en una coleta y una cicatriz fina que le atravesaba la frente hasta la sien. Ojos azules, fríos, casi clínicos.

Una rosa pequeña de color amarillento colgaba de su cuello como una pequeña llama que no se había apagado. Era la misma a la que se aferraba cuando era una niña y la castigaban en el campamento.

Tuvo la suerte de que todos pensaban que era un amuleto sin importancia, tonterías de una cría. Nunca entendieron que aquello era lo que le daba la fuerza para luchar y la mantenía en pie.

Se acercaron y quedaron clavados delante de ella mirándose.

—¿Eva? —susurró con reparo Lara.

Ella ni confirmó ni desmintió, solo dijo con una voz áspera.

—Si habéis venido es porque habéis empezado a recordar.

De nuevo el silencio los atrapó durante unos segundos hasta que Eva se acercó a ellos y empezó a hablar:

—Proyecto Argos, no era un campamento. Era un laboratorio. Cambiaron nuestras vidas a través de la hipnosis y procesos psicológicos de obediencia ciega. Cambiaron quiénes éramos. Nos convirtieron en armas preparadas para usar, cuando nos activaran. Vosotros en vuestro fuero interno lo sentís, lo sabéis.

Cada palabra de Eva les daba la sensación de ser como una piedra cayendo en un estanque helado.

—¿Y tú? —preguntó Nico—, ¿cómo escapaste? Eva agarró el colgante.

—Yo no llegué a romperme. No me cambiaron. No consiguieron arrancarme la voluntad. Me escapé una noche y ellos creen que estoy muerta. Si alguna vez se dan cuenta de que no lo estoy, me querrán muerta porque soy la prueba de que el sistema no era perfecto y de todas formas nunca querrían dejar cabos sueltos. Y yo soy uno.

Se quedaron en silencio durante unos segundos digiriendo lo que Eva les estaba contando,

hasta que Lara notó una especie de presión en la nuca. Algo le hizo levantar la vista hacia la galería superior. Allí, apoyado en la barandilla de acero, estaba un hombre de mediana edad, normal, con vaqueros y chaqueta clara y una bolsa de la compra en la mano. Les estaba observando. Cuando se dio cuenta de que Lara le miraba, giró la cabeza hacia otro lado.

—Creo que nos están vigilando— dijo Lara.

—Sí —contestó Eva—, hay otro tipo leyendo el periódico en el puesto de quesos, que lleva en la misma página un buen rato. Voy a empezar a andar hacia una de las salidas. No giréis la cabeza. Andad como turistas y cuando yo os lo diga, corred detrás de mí.

El murmullo del mercado continuó: un niño pidiendo chucherías a su madre, un carnicero pregonando la bondad de su carne..., pero entonces cerrando la mano sobre la rosa ámbar del colgante, Eva gritó:

—Ahora



DISPAROS

Eva caminaba a paso rápido, casi militar, entre las callejuelas del viejo Madrid. No hablaba. Solo giraba la cabeza de vez en cuando para comprobar que Lara y Nico la seguían.

Llegaron a una de las zonas viejas, llena de construcciones antiguas, y entraron a un callejón pequeño, oscuro y con olor a abandonado. Se detuvieron frente a un edificio cuya fachada tendría cerca de cien años. Las cornisas hacía ya tiempo que se habían caído y muchas de sus ventanas estaban tapiadas. Era un templo

de okupas, sucio, gris y poco atractivo desde cualquier punto de vista.

Subieron por una escalera destartada hasta la cuarta planta con la iluminación de dos o tres escuálidas bombillas parpadeantes. Eva llamó a una puerta de cuarterones antiguos con tres golpes secos y unos segundos después, con un quejido por el esfuerzo, se abrió tras escucharse cómo se descorría un cerrojo.

El interior parecía una fotografía en blanco y negro de hacía cincuenta años: muebles de madera provenzal que habían tenido mil usos, montones de papeles por todas partes en un desorden un tanto enmarañado y un par de cables colgando por el techo que llegaban a un viejo rúter que con esfuerzo todavía parpadeaba. Parecía, por el olor, que el polvo y la humedad se hubieran atrincherado entre los papeles y no quisieran salir de allí.

Un hombre de edad indefinida, pero que por su aspecto parecía bastante mayor, les miró. A Lara le recordó a Uriah Heep, uno de los personajes de Dickens. Estaba encorvado, con barba de varias semanas y una chaqueta que le venía grande y que debía tener tantos años como los muebles. Sin embargo, sus ojos tenían

el brillo de dos rescoldos que se negaban a apagarse y que transmitían vivacidad.

—Este es el doctor Manuel Ríos —dijo Eva señalándolo—. Durante un tiempo fue uno de los psicólogos del proyecto Argos.

El hombre los observó en silencio, analizando su aspecto. Después de unos segundos pareció quedar satisfecho y empezó a hablar despacio, midiendo sus palabras:

—No me hace mucha gracia veros aquí. Solo porque Eva ha insistido he aceptado—, tenía una voz ronca, de tabaco y de secretos guardados demasiado tiempo—, pero yo ya no tengo demasiado que perder.

Lara y Nico intercambiaron una mirada mientras Ríos suspiraba y se pasaba los dedos por el escaso pelo que le caía por la frente antes de continuar:

—Argos fue un experimento patrocinado con dinero privado y consentimiento y fondos reservados del ministerio de interior. A vosotros, que erais casi todos adoptados por parejas que Argos elegía, se os llevó a lo que eufemísticamente llamábamos «campamentos de verano». Yo formé parte de ese infierno y, de hecho, diseñé alguno de los protocolos de acondicionamiento mental. Lo que allí

se hacía era una manipulación sistemática de vuestra mente: a través de voces repetitivas en vuestro sueño, códigos numéricos implantados por repetición, juegos que no eran tales juegos, sino formas de doblegar vuestra voluntad, íbamos moldeando vuestras personalidades.

El tono de Ríos era el de un hombre que iba desenterrando su propia culpa palabra a palabra.

—El objetivo de la fundación era el condicionamiento hipnótico a largo plazo. Crear sujetos con las vulnerabilidades psicológicas y emocionales apropiadas para poder ser activados cuando hiciera falta, incluso si tenía que ser 20 años después, con una simple señal digital.

Sus ojos se clavaron por un momento en Nico.

—Tú eres el que resolvía los códigos siempre antes de tiempo y tú —movió la cabeza para mirar a Lara—, siempre obedecías, pero al final llorabas en silencio.

El tipo se calló como intentando recuperar el aliento para continuar cuando Nico le preguntó:

—¿Y cómo sobrevivió Eva? ¿Cómo es que nunca le encontraron?

Ríos miró a Eva y asintió con la cabeza mientras respondía:

—Porque yo borré todos los rastros sobre ella. Cuando escapó, yo debía entregar un informe en el que se concluyera que era una fuga de activo no recuperada, pero en vez de eso informé que había muerto. Conseguí un cadáver sin identificar en la morgue de una chica de su edad, manipulé las fichas y los registros y nadie lo cuestionó. Argos tenía tanto que ocultar que prefería dar por cerrado el incidente.

Eva, con los brazos cruzados y el rostro serio, como siempre con una voz cortante como un cuchillo, le dijo:

—No pretendas hacernos creer que fue un acto de bondad, Manuel. Tú eres tan culpable como los demás de que Argos pudiera existir. Sin vosotros, no habría funcionado.

Eva se sacó el collar con el colgante de la rosa ámbar y lo colocó sobre la mesa. El ámbar atrapaba la luz mortecina de la bombilla y parecía palpar como un corazón:

—Este es el amuleto que me mantuvo viva. Me lo intentaron quitar, pero me lo tragué y lo recuperaré después cuando escapé. Es mi recordatorio de que sigo viva.

Manuel Ríos, el antiguo psicólogo del proyecto Argos, bajó la cabeza como si el reproche de Eva se le hubiera clavado en el pecho, pero no le contestó. Su silencio fue bastante confesión.

—Lo sé, no pretendo conseguir una absolución de nadie porque sé que no me la merezco, pero en mi fuero interno tengo una cierta tranquilidad de conciencia por saber que intenté protegeros. Vivo escondido desde entonces. He tenido que cambiar de identidad un par de veces. No tengo cuentas ni teléfono y el poco intercambio económico que hago es en efectivo. Aun así, cada vez que salgo a comprar el pan tengo la sensación, de que —ya es una paranoia— alguien me observa.

Todos conocían esa percepción, por lo que se quedaron en silencio durante unos segundos, pero el silencio lo rompió de repente un crujido cercano en la escalera del edificio.

—¿Lo habéis oído? Preguntó Eva.

Empezaban a oírse pisadas subiendo rápidamente por las escaleras.

Ríos se levantó torpemente de la silla, poniéndose pálido.

—Creo que os han seguido y nos han encontrado.

Las pisadas sonaban cada vez más claras como la varilla del metrónomo del miedo.

Eva se giró hacia Lara y Nico:

—Ya sabéis lo que pasó. Ahora tendremos que correr.

Nico se colocó a un lado de la puerta sacando de nuevo su spray de pimienta preparado para lanzar un chorro al que entrara. Eva se colocó al otro lado con un viejo atizador de chimenea.



La puerta saltó hacia dentro resquebrajando la madera del marco. Tres hombres grandes con cabezas cuadradas intentaban entrar, pero se estorbaban porque no cabían. Tenían los ojos inexpresivos de quien no piensa, sino que se limita a ejecutar una misión, como una máquina sin alma.

El que iba en vanguardia apenas tuvo tiempo de levantar su pistola.

Nico, que estaba preparado a uno de los lados, le encañonó con el pulverizador de gas pimienta y, mientras se tapaba los ojos y la nariz

con la otra mano, dio rienda suelta al chorro apretando el gatillo a todo lo que daba.

Una nube anaranjada cubrió el rostro del hombre que lanzó un rugido animal, soltando la pistola, llevándose las manos a la cara, ciego y ahogándose mientras se tropezaba con todos los muebles.

El que venía detrás traía la pistola por delante.

Eva no dudó. Imprimiéndole toda la fuerza que pudo, descargó el atizador sobre la mano del tipo, oyéndose un crujido de huesos. Mientras el matón lanzaba un grito de dolor y caía de rodillas, su arma salió volando y rebotó contra la pared.

Antes de que pudiera reaccionar, Eva le golpeó de nuevo con la barra de hierro con una furia que daba miedo, primero en el hombro un par de veces y luego directamente en la cara hasta que el hombre se derrumbó sangrando.

Lara, que había permanecido agachada en el intercambio, se lanzó a donde había caído la pistola e iba a subirla para apuntar, cuando el tercer hombre, aprovechando la confusión, levantó su pistola y disparó.

Un fogonazo y un estampido atronador ocuparon el aire de la habitación. El viejo psicólogo

go, el profesor Manuel Ríos, recibió el impacto en medio del pecho. El golpe pareció levantarlo en el aire y lanzarlo hacia atrás, con los ojos muy abiertos, desplomándose sobre la mesa de la que los papeles volaron como pájaros asustados.

—¡Nooo! —gritó Eva, pero en ese momento se oyó otro disparo, que sonó como una explosión y dejó a todos medio sordos.

Lara acababa de alcanzar en el pecho al tipo que había disparado a Manuel, y que en silencio cayó de rodillas. Así estuvo unos segundos hasta que se desplomó muerto.

Lara, con la cara desencajada, seguía con la pistola en la mano, humeante, apuntando al vacío cuando Nico se acercó a ella, le quitó el arma y le dio un tirón gritando:

—¡Fuera, ya!

El humo de su disparo aún flotaba en el aire, como si el tiempo se hubiera paralizado y no quisiera dejarlo avanzar.

La escalera se les hizo un túnel de sombras y ecos interminable, con el olor a pólvora pegado a la ropa. Corrieron bajando escalones de dos en dos sin mirar atrás.

Cuando salieron a la calle, el portazo metálico retumbó y el edificio pareció contener la respiración mientras Eva les gritaba:

—¡No paréis, no mires atrás y seguidme!

Unos segundos después, Eva levantó la mano y paró un taxi.

Los tres subieron rápidamente.

Eva pareció pensárselo unos segundos, mientras que el taxista la miraba por el retrovisor, esperando que le diera una dirección.

—Vamos a Boadilla del Monte.



La Bruja

En aquel despacho elegante, pero desprovisto de vida, casi siempre vacío, en el que el silencio era como un cristal que nadie se atrevía a romper, Álvaro Sagarra se servía un whisky con manos tranquilas. Irene del Castillo lo observaba con un gesto rígido.

—Ya no podemos seguir esperando —dijo ella—. Cada hora que esos tres respiran, aumenta el riesgo.

Sagarra bebió un trago y asintió.

—Haz lo que tengas que hacer.

—¿Estás seguro? —preguntó Irene, con la frialdad de quien ya ha tomado la decisión.

—Tan seguro como de que el sol saldrá mañana. Elimina el problema.



Veinte minutos después, el taxi se detuvo frente a un bonito chalet en Boadilla del Monte, el nuevo epicentro de lujo residencial en Madrid. Era la casa de Bárbara, antigua actriz porno y amante de Eva, que les abrió la puerta en bata de seda y sin hacer preguntas. El salón era amplio, decorado con un exceso barroco: los techos con molduras doradas parecían caer sobre la piel como un perfume caro, espejos con florituras varias, sofás de cuero blanco y algunas botellas medio vacías en la barra.

Los tres siguieron a Eva, que les llevó a una habitación en la que, sobre una mesa baja, había un par de botellas de agua, un portátil abierto y un ambiente un tanto cargado de urgencia.

—Tenemos que cortar la cabeza de la serpiente —dijo Eva, clavando los ojos en ellos—. El director del proyecto Argos es un tal Sagar-

ra, un hombre que se mueve con soltura en las cloacas del Ministerio del Interior. Y su bruja personal, Irene del Castillo, es quien lo mantiene todo en pie.

Se inclinó sobre el portátil, diciendo:

—Toda la información que Manuel recopiló está en la nube, en un servidor en Nicosia, Chipre. Tenemos que replicarla en varios servidores, y después colgar en internet el vídeo que él mismo se grabó para difundirlo a los listados de miles de contactos que dejó. Se hará viral en horas.

Pero antes, enviaremos una copia de toda la documentación a la Fiscalía de la Audiencia Nacional a través de unos abogados de confianza con los que ya lo tengo hablado.

Nico asintió, preguntando:

—¿Tienes el acceso a la nube en Nicosia?

—Creo que Manuel dejó los datos en algún sitio. Déjame que recuerde.



Lara se levantó al notar que su móvil vibraba en el bolsillo. Caminó un par de pasos hacia la

ventana, se llevó el aparato al oído... y se quedó inmóvil, escuchando una voz metálica repetir un número:

1,6180339, 1,6180339 ,1,6180339.

Nada más oír el número repetido tres veces, el rostro de Lara adquirió una total expresión. El número se le quedó clavado en la mente como una espiral interminable. Escuchó el mensaje ajena a todo lo que sucedía a su alrededor:

«Primero, envía tu ubicación al número que aparece en pantalla»

«Elimina a los elementos hostiles, Nico y Eva. Después vuelve a tu casa y espera instrucciones.»

Sus pupilas se dilataron. El brazo le tembló apenas un instante; después se relajó, como si toda su voluntad hubiera sido arrancada de golpe de su cuerpo. Después de compartir la ubicación, se volvió hacia la mesa, andando con pasos mecánicos como los de un sonámbulo.

Nico y Eva estaban inclinados sobre la pantalla del portátil.

Como Nico se había quitado la cazadora, Lara podía ver la funda con el cuchillo que tenía metido entre el pantalón y la camisa.

En un movimiento rápido lo sacó de su funda y empezó a levantar el brazo lentamente para asestar una cuchillada en la espalda de Nico.

El reflejo de un destello metálico en la pantalla hizo que Nico se volviera para ver qué era aquello.

—¡Nooooo...! —gritó, moviéndose hacia un lado en el último segundo.

Una Lara que parecía un zombi dejó caer la punta del cuchillo de caza sobre el teclado del portátil, en un movimiento controlado y desapasionado. El teclado crujió como un hueso roto.

Lara alzó el brazo de nuevo, moviéndose un poco, con la idea esta vez de acuchillar a Eva, que por un momento se había quedado paralizada.

Por fin consiguió reaccionar y gritó a la vez que dio un salto hacia un lado.

—¡Nico, agárralai

Eva esquivó por milímetros la puñalada y aprovechó para lanzarse de lado sobre Lara, sujetándole el brazo a la vez que le hizo una presa en el cuello con el antebrazo derecho, gritando con una voz que cortaba el aire como un latigazo.

—¡La han activado! ¡La han activado desde Argos para que nos mate!

Lara se retorció como un animal atrapado, la mirada vidriosa, perdida, pero con una fuerza descomunal. Nico, jadeando, consiguió finalmente inmovilizarla en el suelo, poniendo la rodilla sobre la mano que sostenía el cuchillo. La abofeteó una vez. Nada. La golpeó otra vez y otra, gritando:

—¡Lara, despierta! ¡Eres tú! ¡Soy Nico, por favor, despierta!

La última bofetada pareció romper el hechizo. Lara parpadeó, y respiró como si emergiera de un ahogo, y el cuchillo cayó de su mano. Se quedó temblando, deshecha en lágrimas.

—Yo... no quería... —murmuró.

—¡Ya me acuerdo! —exclamó Eva saliendo de la habitación—. Ahora vengo.

Nico había sentado a Lara y le pasó una botellita de agua una vez que se había deshecho del cuchillo.

—No sé lo que me ha pasado —dijo Lara con los ojos llorosos, mirando a Nico.

Él, que se había sentado a su lado en el sofá, la atrajo hacia sí y la abrazó. Así estuvieron unos segundos, o unos minutos. Lara no quería

soltarse. Estaba a gusto y en aquel momento, el mundo, aunque fuera por un instante, había dejado de perseguirlos. Cuando se separó, sonrió a Nico.

Eva entró con una caja de herramientas que dejó en el suelo.

Lara y Nico se miraron extrañados.

Eva abrió la caja, sacó todas las herramientas y empezó a golpear en las esquinas interiores , donde sonaba a hueco. Tiró de una pestaña y apareció un doble fondo en el que había un sobre grande marrón.

—Me acabo de acordar de que en una ocasión Manuel me dijo: «Si ya no puedes contar conmigo, busca otra herramienta».

Dentro del sobre solo había un folio. Nico, que miraba por encima del hombro de Eva, dijo:

—Es una URL con la clave de usuario, pero de la contraseña, ¿solo dice: «conejillo de indias»?

Eva, sonriendo, contestó

—Sí, pero es una frase que llevo en la cabeza desde que tenía diez años. «No somos cobayas».



¡AQUÍ NO HAY NADIE!

Eva acaba de decirle la clave a Nico para que inicie sesión en la URL cuando unos pitidos agudos cortan el aire.

Unos segundos después, Bárbara entra en la habitación y Eva la mira mientras dice:

—Acabo de ver por el monitor que ha llegado al portón de entrada un todoterreno negro. Se ven dos tipos, pero puede que vengan más. Parece obvio que están aquí por vosotros. A mí hace tiempo que no me visita nadie.

Nada más oírla, Nico empieza a teclear a toda velocidad y, mientras conecta un USB de 8 Gb

al portátil, abre en varias pestañas servidores a los que empieza a enviar toda la información que Manuel tenía almacenada en la URL oculta.

Eva da paseos nerviosa. Se para y pregunta:

—¿Cuánto te queda?

—Necesito unos minutos más para replicar los archivos —contesta Nico, con los dedos volando sobre el teclado.

Bárbara niega con la cabeza.

—No los tienes. Se acaban de bajar del coche cuatro tipos grandes. El portón de entrada tiene tres metros y una cerradura muy segura, pero se puede escalar. Voy a conectar el circuito que electrifica la puerta. Cuando llamen al timbre, los mantendré entretenidos un buen rato.

Lara, secándose las lágrimas que tenía en la cara con el dorso de la mano, todavía temblorosa, se pone de pie y pregunta:

—¿Qué hacemos?

Eva mira a su amante.

—Bárbara, ¿hay alguna salida por la parte de abajo?

Su novia sonríe con cara de mala.

—Siempre hay una salida. El terreno tiene casi siete mil metros. Al este, junto al seto alto, hay una caseta de aperos. En realidad es un garaje. Dentro hay un Ford Fiesta que lleva solo

3 o 4 días sin arrancar. Es del jardinero que está de vacaciones. Si salís corriendo por allí, podréis escapar antes de que os rodeen.

Nico cierra el portátil de golpe y lo mete en la mochila.

—¿Y tú? —pregunta.

—Yo me quedo. —Bárbara levanta la barbil-la con seguridad—. No he pasado media vida entre rodajes y tipos desagradables para asustarme ahora. Estoy segura de que podré entretenerlos lo suficiente para daros ventaja.

Eva se acerca a Bárbara y la abraza. Sus ojos, normalmente helados, se suavizan un instante.

—Gracias. Por favor, ten cuidado.

El timbre del portón de entrada suena unas cuantas veces. Los hombres de Sagarra están intentando entrar.

—¡Corred ya! —ordena Bárbara.

Eva, Lara y Nico atraviesan el pasillo a toda velocidad. El eco de sus pasos se mezcla con el crujido de la madera y el ruido del timbre del portón que no deja de sonar y parece la campana de un pueblo anunciando un incendio.

Mientras los tres corren, Bárbara presiona el botón del comunicador del portón y pregunta:

—¿Se puede saber quién cojones sois y por qué estáis metiendo tanto ruido en mi casa?

Acabo de llamar a la policía; en cinco minutos estarán aquí.

Uno de los tipos, que viene vestido de traje, se acerca a la cámara y con una sonrisa contesta:

—Nosotros somos la policía, señora. Abra la puerta. Sabemos que tres delincuentes se ocultan en su casa.

—Si son ustedes policías, no hay ningún problema en abrirles la puerta. Enséñeme por favor su placa de identificación y deme su nombre y comisaría a la que está adscrito. Una vez que compruebe que efectivamente son quienes dicen que son, les abriré el portón e incluso les invitaré a un café, aunque no se lo merezcan.



Después de escuchar a Bárbara, uno de los hombres marcó un número en el móvil y se aseguró el auricular en la oreja.

Al otro lado, Irene Castillo contestó:

—¿Los tenéis?

—No. Estamos frente al objetivo. Portón blindado por la empresa Segurigar y muros con

alambrada electrificada. Necesitamos apertura remota. La cerradura es del modelo Z-Pro.

Durante unos segundos solo se escuchó el tecleo al otro lado de la línea y después Irene, con su tono desagradable habitual, pidió:

—¿Cuál es el número de la casa?

Irene siguió hablando por la otra línea que tenía abierta, y en cuestión de segundos, los técnicos de la empresa de alarmas Segurigar, acostumbrados a colaborar con la fundación, recibieron la orden.

Unos segundos después, un clic —un poco ridículo para un portón tan grande— se oyó y el motor eléctrico comenzó a deslizar el portón hacia uno de los lados sobre su guía.

—Ya podéis entrar. ¡Que no se os escapen! —gritó Irene antes de colgar.

El todoterreno con los cuatro hombres entró por el camino de grava de acceso a la entrada principal de la casa.



Bárbara fuma mientras observa desde la ventana de la habitación en la primera planta cómo

el todoterreno negro ha entrado tras abrirse el portón.

Baja al salón, va hasta la puerta de entrada y la deja abierta, volviéndose al sofá blanco. Cuando los cuatro tipos entran, Bárbara los recibe sin levantarse, con su vaso de whisky en la mano, mirándoles desafiante con una sonrisa, que lleva media vida practicando.

—¿Dónde están? —pregunta el que más pinta de matón de película B tiene.

Bárbara se encoge de hombros apoyando la cabeza en el respaldo.

—No sé a quién buscáis en mi casa —y haciendo un arco con el brazo continúa diciendo—, pero podéis mirar por donde queráis. Eso sí, no rompáis nada.

El tipo más grande, con la cabeza rapada y un tatuaje que le ocupa medio cuello, se acerca y con ojos de furia contenida, la agarra con violencia del brazo, obligándola a levantarse.

Bárbara suelta una carcajada:

—Cariño, ¿qué pasa, que no se te levanta si no pegas a una mujer?

El rapado pierde la paciencia y la zarandea con fuerza, dándole un bofetón que la hace tropezar con la mesa y caer al suelo, tirando el vaso con estrépito de cristal roto.

Bárbara, con el labio partido y la bata medio arrancada, escupe al suelo una gota de sangre. Y con un orgullo feroz porque sabe que ha conseguido ganar unos cuantos minutos para que Eva y sus amigos desaparezcan, grita a sus atacantes:

—¡Aquí no hay nadie! Buscad por donde queráis y ilargaos!

El rapado se olvida de Bárbara por el momento y grita:

—Vosotros dos buscad arriba. Tú —dice dirigiéndose al más joven—, busca fuera.

Antes de salir de la casa para buscar en los jardines, el joven mira por casualidad por la rendija que una cortina deja en la ventana que está orientada hacia el este de la parcela y ve movimiento de algo o alguien al final del terreno.

—¡Creo que se están escapando por allí, al fondo de la parcela! —grita señalando por donde ha visto el movimiento.

El rapado grita a los dos que habían subido para que bajen.

—Tú —le dice al joven—, corre hasta el final de la parcela. Nosotros daremos la vuelta a la finca con el coche hasta allí. Los tres salen de

la casa y corren hasta el todoterreno negro haciendo crujir a la grava.



EL PUENTE

El motor del pequeño Ford Fiesta se revoluciona con los acelerones de Eva, que cambia de marchas por las carreteras secundarias que salen de Boadilla del Monte. En el retrovisor, como si hiciera un zum, los faros del todoterreno crecen, primero tímidos, luego devorando la distancia hasta volverse una amenaza demasiado cercana.

No son coches comparables. El contraste es brutal: el Fiesta vibra con cada acelerón, mientras que el enorme SUV negro parece ir con la calma de quien disfruta persiguiendo.

Al llegar una recta, a pesar de que el coche está bien cuidado, se ve que el pequeño Ford es muy limitado y, aunque Eva pisa todo lo que puede el acelerador, los matones enseguida nos alcanzan.

Las ventanillas laterales del todoterreno bajan y asoman dos pistolas como cuervos sin pico, que empiezan a disparar. Una bala rompe la luna trasera del Fiesta y el cristal salta en mil cachitos, cayendo sobre nosotros como un granizo cortante.

—¡Nico! —grito al ver florecer un clavel rojo en su camisa—. ¡Le han dado!

—No pasa nada —dice él, agachándose a la vez que intenta sonreír—, es superficial.

Es posible que lo sea, pero la palidez de su rostro dice lo contrario.

—Hay que pararte la hemorragia —digo. Me acuerdo de que llevo un pañuelo de cinturón. Lo desanudo y Nico, que me ha visto, extiende la mano para agarrarlo y ponérselo sobre la zona que sangra aplicando presión. Luego se tumba ligeramente de lado para que la herida del brazo esté por encima del nivel del corazón.

—Eva, haz lo que sea, ¡pero despístaos! ¡Nos van a matar a los tres!

Entramos en una zona urbana y Eva gira bruscamente a la derecha por una calle muy estrecha, casi rozando los muros de las casas de un pueblo pequeño. El todoterreno nos sigue, pero la calle es demasiado estrecha para él y tiene que reducir mucho su velocidad.

Eva conoce la zona y sabe que hay un puente que está en obras al que se llega por un carril provisional, que empieza al terminar la calle por la que vamos. Entramos a toda velocidad por la vía de servicio en la que aparece el cartel luminoso que parpadea. «CERRADO AL TRÁFICO».

—¡Por ahí no, Eva, que nos vamos a matar!
—le grito.

Eva no me hace ni caso y hunde el pie en el acelerador.

El Ford Fiesta embiste a toda velocidad la valla central. Un chirrido metálico, un golpe seco y las planchas de la valla vuelan hacia los lados. Pasamos por el hueco con unos centímetros de margen; la carrocería se raspa por los dos lados con un rugido que asusta. Eva no para.

Cuando el todoterreno llega unos segundos después a toda velocidad, el piloto intenta hacer lo mismo, pero el paso es demasiado estrecho y se queda encajado con un sonido brutal

de hierros retorcidos entre los dos bloques de hormigón, con un alarido de hierros retorcidos.

Los hombres asoman los cuerpos por las ventanillas, disparando a ciegas.

Eva ni siquiera mira por el retrovisor. Atraviesa el puente vacío y dejamos atrás las luces naranjas de la obra, como si fueran los ojos de un monstruo al que hemos vencido.



Cada vez que Eva miraba al retrovisor podía sentir cómo se encogía su estómago. La lógica le decía que era imposible que el todoterreno hubiera conseguido escapar de los bloques de cemento, pero aun así no podía evitar levantar la mirada.

Mantenía el volante firme, los nudillos blancos por la impotencia y la rabia contenida. Estaba claro que pensaba en Bárbara, en lo que le habían podido hacer esos bestias. Había intentado llamarla, pero no contestaba. Se enjugó disimuladamente un par de lágrimas. Y ahora

Nico, herido de bala atrás en el coche. No se atrevía ni a mirar por el espejo.

Lara, ya hacía rato que estaba más tranquila porque la hemorragia había parado. La bala no había entrado en el hombro, pero cada bache era un momento de dolor que la cara de Nico no podía ocultar.

—Aguantad un poco —dijo Eva sin apartar la vista del horrible tráfico de la hora punta—. Ya casi estamos.

El Ford Fiesta conocía las calles de Madrid. Eva las recorría como si tuviera el callejero en su disco duro. Un giro brusco, con algún bocinazo enfurecido de un conductor estresado, un callejón estrecho, y de pronto salieron a la Castellana.



Cuando por fin paramos frente al Museo de Cera, Eva empezó a tranquilizarse. El bufete estaba allí, en la primera planta de un edificio anodino que pasaba desapercibido entre cafeterías y tiendas de souvenirs. Precisamente lo que necesitábamos: anonimato.

Subimos deprisa, sin mirar atrás. Lara sujetaba mi brazo bueno, como si temiera que me fuera a desmayar en cualquier momento. Al llegar a la puerta del despacho, dos jóvenes abogados nos recibieron. Sus trajes parecían sacados de un catálogo de rebajas. Sus sonrisas eran nerviosas, como sabiendo que, al levantar la tapa de esa caja de Pandora que íbamos a abrir, habían aceptado jugar en un terreno minado.

Nada más verme, a uno de ellos se le cambió la cara.

—Estás herido. Ven conmigo —dijo, y sin darme tiempo me llevó, junto con Lara, a una clínica privada a tres puertas de su despacho.

Media hora después, con el hombro vendado y el dolor mitigado por el calmante que me dieron, entramos en la sala de juntas. Eva ya estaba allí, con los dos abogados y un portátil abierto en la mesa. El aire olía a café recalentado y a nervios.

Eva habló con esa frialdad que los años huyendo le habían dado, como si las emociones fueran un lujo que ella no podía permitirse:

—Esta es la dirección de la nube. Es el único acceso a los archivos de Manuel Ríos. Descargadlos, copiadlos y preparad un escrito para

presentarlo mañana, me imagino que en la Fiscalía de la Audiencia Nacional o en el juzgado central de instrucción.

Yo asentí, apoyando lo que había dicho Eva. Habíamos acordado reservarnos una parte de la verdad.

—Ahí está todo. Si lo perdemos, se acabó. Cuidadlo, por favor.



Cuando salimos del despacho de los abogados, Madrid nos recibió con su ruido habitual. A mí me pareció casi irónico: las conspiraciones y los sicarios volvían a ser, de pronto, simples argumentos de películas.

Los turistas despistados con sandalias y calcetines, los taxis de Madrid en sus acústicas competiciones... estaban envueltos ese aire denso, oliendo a humo de escape, que contrastaba con un cielo azul limpio.

Eva había salido antes despidiéndose con rapidez. Dijo que tenía que volver a Boadilla para comprobar si Bárbara estaba bien. Había en su mirada una mezcla de preocupación y

sentimiento de culpa, que nos hizo entender que tenía que estar con su pareja.

Después de un par de llamadas, Lara y yo, con un poco de bajón, fuimos andando despacio hasta un hotel cercano. Mientras ella hacía el registro, yo me dejé caer en un sillón del vestíbulo. Dos señoras enfrente me miraban espantadas. Claro, no me acordaba de que tenía la camisa empapada de sangre seca. Aunque el hombro todavía me dolía, lo que más ardía en mi mente era la imagen de Lara levantando el cuchillo para clavármelo. Pero mis palabras la habían sacado del trance. Eso quería decir algo y no creo que me equivocara.

Antes de subir a la habitación, cuando nos miramos el uno al otro, no pudimos por menos de reírnos viendo la desastrosa apariencia que teníamos. Entramos en la boutique del hotel, donde todo parecía tener precios absurdos, a pesar de que estaban de rebajas. Elegimos camisetas y vaqueros y subimos riendo a la habitación. Esa risa nos vino bien. Necesitábamos que se nos aflojara el nudo que llevamos en el pecho desde la mañana .

Después de una ducha rápida y antes de bajar, Lara se acercó y me dio un beso rápido en los labios, diciendo:

—Anda, vamos a comer algo que me muero de hambre

Nos sentamos frente a un par de sándwiches de varias plantas. No pudimos evitar empezar a reírnos cuando intentamos dar el primer mordisco. Había que desencajar la mandíbula para poder comer aquello.

Después de la odisea, Lara apoyó su mano sobre la mía. Tenía los dedos pequeños en comparación con los míos y estaban un poco fríos.

—Cuando vi que te habían disparado... casi me muero del susto —susurró mirándome con los ojos brillantes.

Me costó trabajo reaccionar, porque me sumergí en su mirada. Creo que para ella fue suficiente mi forma de mirarla. No hicieron falta palabras. En aquel momento, el ruido de la cafetería, los camareros, las conversaciones alrededor... todo desapareció. Solo estábamos Lara y yo, los dos asustados, pensando en lo que estaba por venir, pero con confianza en nosotros mismos por cómo habíamos sobrevivido juntos hasta entonces.



La sospecha

Dormir era imposible. El silencio del hotel solo lo interrumpían los ruidos de las habitaciones colindantes, pero en mi cabeza seguían sonando los disparos. Lara también se movía inquieta en la cama de al lado, con la respiración agitada, como si las sombras que las cortinas dejaban pasar la asustaran.

—No puedo dormir. Lo único que hago es pensar en lo que nos está pasando —dijo, girándose hacia mí—. ¡He matado a un hombre!

—¡No, nos has defendido! —Me incorporé y me senté en el borde de la cama mirándola.

La luz del pasillo se colaba por las rendijas de la puerta y dibujaba la silueta de Lara, en camiseta de tirantes, sobre la cama.

—No quiero estar sola —susurró mirándome.

Me tumbé a su lado y sentí su piel fría. La abracé para darle calor. Nuestros cuerpos se buscaban el uno al otro como un refugio donde cobijarse y estuvimos así ajenos al tiempo y a todo, sin prisa por separarnos, durante un buen rato.

La respiración de Lara fue normalizándose. Había encajado su cabeza en mi cuello sobre el hombro y durante unos segundos —o quizás fueron minutos— disfrutamos simplemente estando juntos.

—Nico...—murmuró levantando la cabeza. Nuestros rostros estaban casi pegados. El beso llegó sin avisar, torpe al principio, urgente después. Los dos lo deseábamos tanto que nos abrazamos, tiernos primero, dejando después que la pasión se apoderara de nuestros cuerpos. No fue una escena perfecta, pero para nosotros fue real.

Un poco más tarde, ya tranquilos sobre la cama, Lara me puso la mano sobre el pecho y me dijo:

—Pase lo que pase mañana, prométeme que no me dejarás sola.

—Ni por un momento —dije acariciándole el pelo, que olía a limpio.

Poco después, el sueño nos alcanzó los dos, dejando a la vida real en el olvido.



A la mañana siguiente, cuando abrí las cortinas de la habitación, el color plomizo del cielo no animaba precisamente a levantarse. Lara remoloneó en la cama un buen rato, hasta que me acerqué y la besé detrás de la oreja. Sonriendo empezó a desperezarse como un gato después de la siesta. Esperamos a Eva desayunando. Cuando llegó, tenía mala cara.

—¿Cómo está Bárbara? —preguntó Lara.

—Sobrevive porque es muy dura y ya le han dado en otras ocasiones una paliza. Pero tiene un ojo amoratado y la boca hinchada.

—Sentimos que por nuestra culpa haya tenido que pasar por eso. —dijo Lara.

—No es por vuestra culpa, ha sido la Fundación y el proyecto Argos.

Salimos hacia el bufete en silencio, cada uno pensando en sus ideas. Eva sonrió al ver que Lara y yo íbamos de la mano. A Lara le dio un poco de vergüenza y nos soltamos.

Cuando llegamos al despacho y la recepcionista nos abrió, noté algo raro. Parecía que lo que nos decía lo hacía de manera forzada, no era natural. Nos explicó porque los abogados no estaban:

—Alberto ha tenido que irse a un juicio rápido que le han asignado de oficio y Jerónimo se ha ido temprano a Valladolid porque tenía una comparecencia en el Juzgado y volverá a media mañana. Han dicho que los esperéis.

Mientras Eva y Lara se sentaron a hablar, yo me puse a ver los títulos colgados de las paredes y algunos cuadros. De repente Conchi, —que así se llamaba la recepcionista— dijo:

—Tengo que salir un momento a la papelería a por unas carpetas, vuelvo en cinco minutos.

Cuando se fue, me acerqué al mostrador donde la recepcionista trabajaba y vi que al otro lado, sobre su mesa, había un montón de cartas que conocía bien por el membrete. Eran de Hacienda. Una sospecha empezó a formarse en mi cabeza y, para comprobar si tenía razón, abrí una de las cartas. Era una providencia de

apremio para el cobro de 400.000 € al bufete por una derivación de responsabilidad. O sea que los abogados estaban endeudados hasta las cejas con el peor acreedor. Nos habían vendido.

Entonces la puerta de entrada se abrió y, confirmando mis sospechas, tres tipos que reconocí al instante entraron: el rapado y dos de sus hombres. Se ve que no habían encontrado repuesto del otro. Lara y Eva se habían levantado y me miraban asustadas. Antes de que llegasen a mí, como estaba en la otra punta de la sala, como a unos quince metros, me dio tiempo a presionar en el móvil la tecla que había pregrabado para enviar un mensaje.

Menos de un minuto después estábamos los tres atados con los brazos a la espalda y presillas en las muñecas. Sentados en una habitación que olía a humedad o quizás era el polvo de los AZs colocados en estanterías.

Frente a nosotros apareció una mujer joven con el pelo perfectamente recogido en una coleta y unas gafas que no lograban suavizar la dureza de sus ojos verde selva.

—¿Irene del Castillo? —susurró Eva sonriendo—. Creo que tenías ganas de verme.

—Bueno, bueno, bueno —respondió la tal Irene, claramente disfrutando del momento—.

El fantasma ha vuelto y eso que todos pensábamos que estabas muerta, pero ya sabes querida que hasta las siete vidas de un gato se acaban terminando.

Eva la retó con los ojos diciendo:

—Si tienes cojones, desátame para que te explique el miedo que te tengo.

Irene, con una leve sonrisa, se limitó a pulsar la tecla del portátil que tenía delante de la mesa. Una voz metálica llenó la habitación repitiendo el mantra:

«1,610339, 1,610339, 1,610339»

Lara se puso de pie y sus ojos se velaron, perdiendo el brillo que tanto me gustaba. Irene se acercó a ella por detrás y cortó las presillas que ataban sus manos. Después le colocó un cuchillo en la mano y le ordenó:

—Mata a los dos sujetos que están atados y luego quítate la vida.

De forma mecánica, Lara se giró hacia mí y empezó a levantar lentamente el cuchillo en el aire. La miré, pero sus ojos estaban vacíos. Hablé con ella:

—Lara. Mírame. Soy yo. Nico.

Por un momento creí observar un atisbo de intelección que le hizo dudar.

Irene se acercó por detrás gritando:

—Haz lo que se te ha ordenado y mátalos.
Obedece

Entonces lo tuve claro: o la hacía reaccionar o estábamos muertos.

—¡Lara! —grité un par de veces. Cuando empezaba a descender el cuchillo para clavármelo, grité más fuerte tal y como lo sentía: ¡Te quiero, Lara, te quiero!

De repente me di cuenta de que los ojos de Lara ya no estaban vidriosos, sino que estaban recuperando su profundidad y su luz. Siguió bajando el cuchillo casi a cámara lenta, pero cuando se estaba acercando a mi pecho, giró 180° y lo subió girando la muñeca y clavándolo en el estómago de Irene. El cuchillo al entrar sonó como un beso seco. Irene estaba demasiado sorprendida para poder reaccionar, mirando a Lara. Un par de segundos después, cayó al suelo, sangrando.

Antes de que el rapado y los otros dos pudieran acercarse, Lara dio un salto, se puso a mi espalda y cortó las presillas que me ataban las manos. Iba a hacer lo mismo con Eva, pero los hombres ya estaban encima.

Levanté las manos haciendo una seña a Lara para que hiciera lo mismo. Mientras nos apuntaban con sus pistolas, les dije con voz firme:

—Antes de que entraseis envié un mensaje a un amigo, oficial de la policía nacional. Están a punto de llegar. Sabemos todo lo relacionado con el proyecto Argos y tenemos la documentación en servidores en distintos países, para probarlo. Como no nos fiábamos, con razón, de los abogados, antes de venir al despacho, entregamos toda la información a un diputado del congreso que consideramos que es honorable, pidiéndole que solicite una comisión de investigación sobre todo lo relacionado con la fundación y el proyecto Argos. Va a salir todo a la luz, porque tenemos las pruebas. Os aconsejo que os marchéis y os olvidéis de todo, si no queréis ser las cabezas de turco.

El rapado acercó su cara a la mía odiándome con sus ojos y me empujó con la pistola en el pecho, pero el más corpulento de los tres se acercó a él y le colocó el brazo sobre la mano diciendo:

—Este barco se hunde, amigo, y a nosotros no nos pagan lo suficiente para cargar con el muerto. Vámonos

El rapado se lo pensó durante unos segundos y, después de darme un golpe con el lateral de la pistola en la cara, nos dio la espalda y los tres se marcharon.



Cuando nos serenamos después de aquel episodio, llamé por teléfono mientras Eva y Lara me miraban. Tuve que esperar unos segundos hasta que alguien contestó.

—Amir. —dije—. Soy Nico. Puedes enviárselo todo a la secretaria del diputado. Pero primero tenemos que hacer público el video.

—¿Qué video? Preguntó Lara acercándose y rodeándome la cintura con el brazo.

—El de Manuel. —contesté—. La hermana de Amir es una directiva de Antena 3 y está estudiando con su asesoría jurídica las posibilidades de que salga al aire en *Prime Time*.



EN DIRECTO

El estudio de televisión palpitaba como un ser vivo en medio de un caos de luces, sombras y personas, rodeadas de cámaras, grúas y auriculares.

Lara, Nico y Eva esperaban en una salita viéndolo todo a través de un cristal unidireccional.

Amir, el amigo de Nico, les hizo una seña con el pulgar hacia arriba y luego levantó el índice.

—En un minuto estamos en directo —dijo Nico.

En el plató apareció el presentador delante de un fondo de pantalla, en el que se veía una

gran imagen del logo del proyecto Argos, con la palabra “CONSPIRACIÓN” en letras grandes.

Cuando le dieron entrada, comenzó con tono grave:

—Buenas noches. Hoy interrumpimos nuestra programación habitual para presentarles un reportaje especial que Antena 3 ha preparado en exclusiva para ustedes debido a la gran trascendencia y gravedad de los hechos que les vamos a explicar. Mejor dicho: de los hechos que les va a explicar uno de los protagonistas. Entra video:

La pantalla se llenó con un rostro demacrado, pero sereno, de un hombre.

«Mi nombre es Manuel Ríos y estoy muerto. El proyecto Argos me ha asesinado.

He dejado este video junto con documentación escrita, grabaciones de audio y video, recopilada durante más de 20 años.

Fui demasiado cobarde para hacerla pública cuando debí hacerlo.

Fui contratado hace más de veinte años como psicólogo para incorporarme al Proyecto Argos, una operación encubierta, impulsada por una fundación privada y financiada con fondos reservados del Ministerio de Interior,

Durante años seleccionamos a niños huérfanos, que sometimos a programas de acondicionamiento mental en lo que llamábamos “campamentos de verano”. En realidad eran laboratorios de obediencia.

A través de procesos de hipnosis repetitiva, aislamiento sensorial y castigos psicológicos, destruíamos la voluntad de los niños y la reconstruíamos a la medida de nuestros intereses.

Bastaba una serie de palabras o de números grabados en su mente durante años para activarlos.

Convertimos esos niños en soldados durmientes, programados para activarse al escuchar un estímulo determinado.

Entonces se convertían en lo que se les pidiera: espías, amantes o asesinos.

Lo que hacíamos no eran experimentos. Eran crímenes

Y esos niños... aún pueden oír la orden y activarse para cumplir una misión.

Manuel se quedó en silencio.



En su despacho, Álvaro Sagarra vio el programa especial. No grito, ni rompió nada ni empezó a planificar su posible huida.

Se limitó a servirse otro whisky. Paradójicamente, no se encontraba mal.

Tenía un cierto sentido de liberación: las oscuras sombras que habían habitado su mente y vivido en sus sueños durante décadas por fin se habían disipado.

Cuando oyó los golpes en la puerta, se limitó a apurar su vaso. Al otro lado, los agentes de la Unidad Central de Operaciones (UCO) esperaban para entrar.



—Yo me despido aquí —dijo Eva cuando Nico recibió el mensaje de la detención de Sagarra y de todos los relacionados con el Proyecto Argos.

Irene del Castillo se había salvado y estaba en el hospital, bajo vigilancia policial.

—Bueno —dijo Lara — ¿Y ahora qué?

—Ahora, yo me vuelvo con Bárbara y vosotros no dejéis que los fantasmas del pasado

vuelvan a robaros el futuro. —dijo Eva, saliendo.

—Vámonos a casa —susurró Nico acercándose a Lara.

Ella asintió dándole la mano, sabiendo que “casa” no era solo un lugar, sino la persona que tenía a su lado.



EPÍLOGO

Seis meses después

La luz de la tarde se filtraba por el gran ventanal del taller de Lara, iluminando las motas de polvo que bailaban en el aire.

Ahora era también el despacho de Nico: habían alquilado el local de al lado, tirado el tabique y habilitado una parte para él.

Olía a madera vieja, a trementina y a café recién hecho.

Sobre el caballete, la observaba con seriedad, un icono religioso del siglo XVI, que estaba a punto de recobrar su esplendor de antaño. Con

una brocha finísima entre los dedos, Lara daba los últimos retoques al manto de la Virgen, devolviendo al lapislázuli su intensidad original.

Ahora, cuando pintaba, los colores tenían más luz y... menos miedo.

Desde la pequeña cocina que habían montado en la parte de atrás del nuevo local, llegaba el aroma inconfundible de comida italiana. Nico, en camiseta y con un delantal serigrafiado con una señora muy gorda, removía una salsa.

—¡Cinco minutos! —gritó.

—Vale —contestó Lara sin apartar la vista del icono.

Nico se acercó por detrás y la rodeó con sus brazos, besándola en el cuello

—Hueles a barniz —dijo riendo.

Comieron en una mesita en el taller. Los *Penne all'amatriciana* estaban deliciosos. La normalidad era un banquete

—¿Has leído las noticias? —preguntó Nico.
—El juicio contra Sagarra y los restos de la Fundación empezará en otoño. La comisión del congreso ha destapado una red con muchos más vínculos de los esperados. Habrá multitud de condenas.

—¿Y de Eva qué sabemos? —preguntó Lara.

—Nada. Vuelve a ser un fantasma, pero esta vez por elección propia. Amir dice que recibió un correo cifrado desde Islandia que decía: «La rosa ámbar también florece aquí». Seguro que está bien.

Después de comer, Nico se sentó frente a su ordenador y Lara lo observó mientras la luz de la pantalla iluminaba su rostro. Recordó las palabras que le dijo cuando se conocieron en el aeropuerto de Bruselas, hacía una eternidad: «Tú devuelves belleza a lo que el tiempo destruye; yo busco grietas en lo que parece sólido»

Sin conocerla, qué razón tenía.

Ella reparaba el arte, devolviendo la belleza al mundo.

Él reparaba sistemas, sellando las grietas por donde se filtraba la maldad.

Juntos, habían sobrevivido y encontrado la manera de sanar las heridas que el proyecto Argos había dejado en sus vidas y en el mundo.

Esa noche, antes de dormir, Lara abrió su libreta en una página nueva.

No escribió una frase como hacía siempre, sino que dibujó una rosa ámbar, floreciendo en la grieta de un muro de piedra.

Fin.

SOBRE EL AUTOR

Nací en Londres y pasé mi infancia entre Inglaterra y Tanzania. Tras vivir en distintas ciudades, un viaje de vacaciones me trajo a la Costa del Sol. Aquí me casé y aquí sigo. Vivo en Mijas con mi mujer y mis cuatro hijos, y desarrollo mi actividad profesional en la zona. Soy abogado, licenciado en Filología Inglesa y empresario, aunque mi verdadera vocación siempre ha sido la de contar historias.

De niño, en Moshi, Tanzania, cada mañana me asomaba a la ventana de mi cuarto para contemplar el Kilimanjaro, esa montaña mágica que se escondía entre las nubes y que los masáis veneraban.

Allí era donde tenían lugar las increíbles aventuras de Tarzán, que encendieron en mí

una pasión que nunca se ha apagado: la de imaginar, crear y perderme en los mundos que otros —y ahora también yo— inventamos con nuestras palabras.





DESCARGA EL AUDIOLIBRO GRATIS

La
rosa azul

